

EL HOMBRE Y EL AGUA

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2023

Las letras que iban quedando anotadas en el cuaderno de Eleazar, comprado por muy poco precio en una papelería en el pueblo de Minca, hacía notar la cantidad de olas que había en el camino de las corrientes del Caribe. Era la ruta que Eleazar se había trazado a La Isla de San Martín desde Urabá.

- No deja de llover - dijo - Solo veo niños en la Mar montados en esos neumáticos y esas aves que vuelan dando círculos.

El aire sereno y puro que venía de la Sierra Nevada y que hacían que contemplar la Bahía fuera algo maravilloso, hizo que Eleazar pensara en el etílico. Era la brisa loca que a lo lejos tumbaba una latas desocupadas.

Parte del dinero para las provisiones lo gastó en una botella de Brandy que compró en una bodega junto al puerto en Urabá. No le vendieron Aguardiente porque la última vez no dejó dormir a las muchachas. Y el capitán del Bucanero, como buen lector de los

pergaminos, tiene un genio endiablado. Pensaba que el trago perturbaba la santidad de su barco.

El Bucanero había sido un pesquero Tiburonero. Hasta la prohibición. Eleazar fue marinero en él un tiempo de su vida. Ver algunos hombres con los bultos de sal le traían recuerdos. En sus paredes de madera y como trampa para los intrusos que al menor movimiento del barco quedarían enterrados, el capitán había colgado recuerdos de Tiburones Vaca que había capturado en Chile. Tiburones Cabeza de Toro que había capturado en la Bahía de Monterey con ayuda de unos indígenas, Tiburones Alfombra atrapados en el Brasil por nativos de ojos azules, Tigres de Arena pescados en Florida por Cubanos, Tiburones Zorro de California, Tiburones Blancos en Alaska y otros que nunca supieron identificar.

Cuando estaba borracho el capitán, contaba como uno de esos trofeos le había mordido una nalga para disgusto de las señoras. Pero que

era cosa del pasado y lo importante es que él siguiera tomando ese aceite de pescado tan benéfico a la hora de enamorar. Hablaba con gran propiedad sobre esos temas.

<< Este Brandy es de regular fabricación. Necesario para la noche. Y para sobrellevar el viaje - pensó Eleazar - Lo difícil es no tumbarme los dientes con la botella. Un gancho de izquierda de la Mar seguido de un jab >>.

Aunque Eleazar era demasiado bebedor y no le gustaban los escándalos, también había comprado en la tienda de la esquina unas botas que quedaron después de un combate a tiros, un sombrero de paja que hacía un hombre con raíces de los bosques de la Sierra, una camisa de manga larga y muchos bolsillos que hizo que un barrendero comprara panela y café, un impermeable verde que cubría la motocicleta de un reservista y dos perros negros jóvenes que le vendió una abuela sentada en un taburete en Pescaito y que le empacó en una caja amarrada

con cabuya en donde asomaban las narices por unos huecos.

En un maletín que iba aprisionado con sus pies y que constantemente Eleazar revisaba, llevaba una hamaca de las que traen toldillo, un sombrero de tela, alguna ropa interior, unas medias con rotos en la punta, fósforos, una linterna con las pilas que le gustan a los celadores, unas velas de cebo que olían a batidillo de panela, papel higiénico marrón, una navaja sin filo, un nylon que tenía colgando unos anzuelos que le había regalado un peluquero, el hacha de matar los pollos y una pomada antiséptica que le fue difícil conseguir.

También junto al maletín, Eleazar llevaba una caja de municiones. Era precavido. Tenía confianza. La caja la había pintado de blanco. Le había dibujado una cruz roja. Él pensaba que debía llenarse con medicinas para el mareo que le causa la gentuza, el vómito que le ocasiona el arroz viejo de los restaurantes, la indigestión por el pan crudo de

la madre de las masas, los dolores ligeros y los fuertes, jabón y remedios para la mordedura de la culebra marina y la picadura de los habitantes del fondo de la Mar. Aquellos gusanos de colores que todos quieren tocar. Y un tarro de mentol y alcanfor que lo curan todo. Eleazar no se fiaba de los boticarios.

<< Nunca se sabe cuándo uno queda más desamparado que los abuelos - pensaba Eleazar - Ellos que no sabían leer ni escribir y fueron condenados a los oficios de la pesca. Solo hay que caminar, descansar y dormir en este barco >>.

- Ya he estado solo y abandonado en la Mar - dijo Eleazar a los otros tripulantes - Sobreviví. Y me decían que era voluntarioso. Tal vez porque no quise morir y porque sospeché que querían disfrutar de unos centavos que quedaron en el banco.

<< No sé si esta gente me entienda - pensó - Ya tienen la piel curtida por el sol y sus ropas están rucias.

Vestirlos bien puede ser sospechoso. Y esas palabras arrastradas es por el whiskey que deben tener escondido. No creo que les importe si les hablo de mis enemigos y de los vecinos. A veces eran lo mismo, a lo mejor porque vivían echados en esteras viejas y sucias. Mejor ayudo al cocinero con la sopa de cabezas de pescado. Y a preparar los Sábalo que llegaron del Perú y a salar los Macabíes de Bermuda. Siempre me regala las Anchoas del Golfo. Dice que son las mejores que se capturan en la surgencia de la Mar >>.

La letra de Eleazar torcida que aparecía en las páginas, escrita con un lápiz para evitar se borrara con la lluvia y las gotas de la Mar, era muy parecida a la ondulación de una Morena cuando sale de su roca. Solo un mapa con colores sobresalía debajo del escrito. Antes utilizaba cartas terrestres. Muy diferentes a las de la Mar en la que entraba.

Sabía hacia dónde se dirigía. A los mares del norte. Primero un tiempo en La Isla de San Martín. Y como fue

marinero en el Mediterráneo, se guiaba con el sol. 0 con las estrellas en la noche. Allí en esas regiones de la Mar si se veían las estrellas.

Eleazar también conocía la longitud de sus brazadas en el agua y el tiempo que podría permanecer bajo ella. Le dijeron que se fijara en eso desde niño. También que hiciera sus plegarias y juramentos cuando se sumergiera con el Comandante del Calypso. Ya estaban muy viejos.

Eleazar miraba su brújula y se ocupaba de su situación y escribía sobre ella. Eso siempre le dijo el hombre de las Esponjas. También estaba pendiente que los Pelícanos no fueran a violentar sus provisiones. Había uno que asomaba la cabeza. Consecuencia del Bucanero que lo sacudía con fuerza cuando tenía hambre.

El Bucanero es un viejo navío con deficiente calado que en su recorrido de ida desde Urabá llevaba el correo y de venida recogía los sacos de café en varios puertos. En

otra época había llevado esos delincuentes rezanderos que esperan siempre ser príncipes celestiales. Los que siempre tenían prisa por molestar al sacristán. Esos siempre van al sur porque desprecian la miseria de las costas del Caribe.

El capitán decía que el Bucanero brincaba como caballo asustado porque en los últimos cuarenta años había llevado aparte de la pesca a mucha gente. Casi todos indígenas. Siempre pagaban con tabaco, sal, hojas de afeitar y tarros vacíos. Algunos iban enfermos.

El Bucanero también tosía porque una piedra y un poco de agua en la gasolina, invento de un muchacho en el Yucal recién estudiado en la capital, habían perturbado el motor.

Se sacudía de tal forma que el codo de Fermín, el otro pasajero, terminaba en las costillas de Eleazar o de cualquier otro y siempre nacía una nueva amistad. Fermín había vendido todo lo que tenía para alcanzar su sueño antes que su esposa lo persiguiera con un

palo. Dijo que ella había pagado el divorcio de él y el de ella.

Cada golpe alejaba a Eleazar de la soledad y el tedio que lo abrigó en el pasado cuando salía a pescar en su canoa. Por no tener con quién hablar. Pero esas palizas involuntarias del Bucanero eran un buen antídoto.

- ¡Jamás te rindas! - se dijo
Eleazar- Nunca has dependido de nadie para sacar un pez. Ni lo harás. Ni cambiarás la frialdad con la que lo matas.

El capitán siempre decía que esos golpes de las olas eran cosas del poderoso de los océanos. Como golpearse con un témpano. Consecuencia de ganarse la vida pescando. La fuerza del Merlín Azul con sus 4.5 m y 800 kg cuando decidía estar cerca de la superficie en el mar abierto.

Eran pescozones parecidos a los de una mujer que viaja para que su marido no se perdiera en los bares de La Isla de San Martín a hacer

cosas cristianas con las pasajeras. Siempre lo arrinconaban contra los cocoteros. Pero ella lo salvaba como un rayo de luz que se refleja en la Mar. Pero siempre sus palabras eran como una navaja sin filo. Tan mansas como el Tiburón Ballena pero tan peligrosas como los 82 kg del Merlín Blanco que pescó Eleazar en el Golfo de México.

Y durante el viaje el Bucanero paraba en algunos puertos para que sus ocupantes orinaran en el matorral costero. Luego Eleazar acomodaba unas rocas encima de otras y bebía unos sorbos de Quina que tenía en whiskey hace ya un tiempo. Una señal de que estuvo en esa isla y que era inmune a la Malaria.

Siempre había gritos en los puertos de los que se acercaban mucho a las espinas y puyas de las yerbas costeras o era cosa de los mosquitos que hacían un festín. Estaban tapando sus excrementos y el vómito. Lo que dejan en Urabá y en la Miami. Luego el viaje continuaba y Eleazar empezaba a mirar al frente. Se hacía

en la proa. Tenía la costumbre de no mirar atrás. Dejaba la popa para los pescadores jóvenes. Los que quieren un cambio de sensaciones. A veces así hay que hacer. Mirar por la ventana cuando las cosas son aburridas y cuando el televisor se llena de avisos. Resolver las cosas de la mente uno mismo. Se esté donde esté. No es necesario vivir en otro lado para hacerlo. Siempre se puede viajar.

Ya había comprobado la temperatura del agua que le caía encima. Y su vaso con Brandy se había aumentado un poco con las gotas de lluvia. Lo refrescaba del calor del motor del Bucanero. La Mar de Urabá ya no se veía y había quedado atrás.

El ruido de las latas y bidones que iban colgando en el barandal comenzaba nuevamente. Habían albergado queroseno, gasolina y alcohol. Y el viaje continuaba lentamente como el avance de los parásitos que Eleazar vio en las trincheras donde la cara untada de barro y el humo en la ropa hace que

se pueda permanecer anónimo. Cada bando mantiene sus esperanzas. Eleazar permaneció en la cubierta que estaba fresca y oscura.

- Ya dejamos atrás las garrapatas, las niguas, las moscas, las arañas y las avispa - se dijo Eleazar - Y a lo mejor algunos alacranes.

<< Siempre hay que pensar en lo que a uno le conviene - pensó - Salí harto de la gente >>.

Eleazar había aprendido sobre compresas y vendas. Era requisito en la guerra. También para los marineros. Él sabía matar la infección. Aprendió viendo unos dibujos. Mostraban como debía proceder con las quemaduras por gas enemigo y a entablillar fracturas de los soldados que caían en las zanjaz. El Bucanero le recordaba la ambulancia en que transportaban los heridos. Y ahora él se alejaba hacia el norte, huyendo de los peligros.

<< Debo construir un refugio provisional al llegar. Todo en la

vida debería ser provisional hasta estar seguros - pensó - Debe tener agua. Tengo que improvisar como en el billar >>.

En las épocas en que fue marinero de sedal, Eleazar valoró el lecho que le ofrecía el Capitán Ernesto. El camarote era un refugio para él. Una gran biblioteca. También lo aislaba de la humedad y la frialdad del agua de la Mar.

Era fácil en esa época saber la dirección del viento frío en el Caribe. Bastaba con levantar uno de sus pocos dedos de la mano humedecido. O ver hacía donde se iba el humo del tabaco perfumado. Pero en la Mar el viento en sitio en que se encontraba, cambiaba de dirección. Eleazar lo notó cuando sacó su mano por la ventana del Bucanero. Iba hacia un tiempo cambiante. Un huracán en las Bahamas.

La capa de rocío marino ya había desaparecido sobre la cubierta. Un pedazo de jabón que había quedado

junto a la bodega ya se había derretido.

- Recuerdo que en la mañana el cielo estaba rojo en Urabá - dijo Eleazar al que le prestara atención - Viene más lluvia.
- Vi a muchos pájaros volando cerca al suelo - dijo un pasajero con aspecto de simio y con un broche de mambresía a un café literario - y no era porque los pescadores tiraran las vísceras a la Mar.
- Yo sentí fue el bochorno Barranquillero - dijo una pasajera mientras masticaba un pan remojado en café.
- A mí me parece que huele a agua sin sal - dijo un niño - Mi abuelo decía que el viento trae muchos olores.

<< Beber agua es esencial para sobrevivir - pensó Eleazar - y ahora va a caer mucha. No quiero estar deshidratado otra vez. El agua es esencial como la munición y la pólvora de mi revolver. También dejar a las mujeres que no convienen. Cambiar de costumbres.

Dejar de preocuparse. No hay culpas y recordar cuando viene la nostalgia >>.

El Bucanero se detuvo en La Isla de San Martín. Era el fin del camino para Eleazar y el retorno para otros en la isla. Ya solo quedaba Eleazar porque los demás pasajeros se habían ido bajando. Las raciones enlatadas eran ahora la comida más cercana.

Eleazar había llegado a lo que fue el paraíso. Sabía que tendría que comer después pescado y algunas aves. Ahumar algunas Sierras y Pargos. Evitar las hormigas y los microbios. La vida del ermitaño costero. Fortalecido con el plátano y el pescado y el huevo de gallina. El que entendió que al final del viaje hay que dejar la ropa doblada en la entrada para el siguiente que llegue.

Eleazar pasó la noche bajo unas rocas que formaban una caverna en la playa. Los perritos salieron de la caja y encontraron refugio junto a Eleazar.

- A ustedes dos se les mejoró la vida - les dijo Eleazar - Están conmigo. << Yo soy más aficionado a ustedes que la gente que piensa solo en la moda y en los chismes - pensó >>.

Caminaron en la mañana hasta lo que fue una casa de madera junto a la Mar. En otra época fue de su padre. Al final de su vida decidió sentarse a ver la Mar. Ver como la arena lentamente va tapando la poca vegetación que crece en la playa.

De unos pantalones cortos y sin calzoncillos apretados, una camisa a cuadros de algodón apuntada por un botón, una barba blanca que la movía el viento y unos pies descalzos junto a un par de medias rojas y unos gigantes mocasines, fueron testigos esas paredes de tabla con recortes de Eleazar pegados en ellas. Y también esa cocina de leña hasta el día en que su vida se agotó.

Simplemente se dejó caer de lado en la arena. Estaba solo. No había copas ni vasos que tumbar ni ropa

que doblar en los cajones. Los cangrejos y las gaviotas hicieron lo suyo. Ahora Eleazar ha recogido los pocos huesos que quedaron en una caja de madera.

- San Martin es una gran isla -
dijo a sus perros - No estamos atrapados aquí. Puedo volver con ustedes. Regresar a la tierra del queso y del pollo sudado y del mote con hogo.

<< Y la casa está bien - pensó - Se ha caído algo de ella con el viento pero yo estoy aquí. La puedo reparar o arreglar o dejarla así. Si la tierra lo deja todo se puede volver a levantar. También pintar. Retomar el valor que los estafadores le han mermado. Siempre aparecen cuando hay muerto. Pero no supieron de estos huesos. Y si se llevan hasta las tablas hay que seguir viviendo. Todos >>.

Eleazar durmió varios días y noches en su hamaca. Comieron pescado, ñame y tomaron café preparado con leña. Un mejor sabor y olor. La magia de la leña. Su padre le había dejado

algunas ollas ahumadas, peroles, tiestos para la arepa y una cafetera. A Eleazar le daba lo mismo donde encender la leña.

- Tal vez la vida se impregna con el olor de otros - dijo Eleazar en esos días en que hablaba solo - Cada uno tiene su propio olor a leña. Y el viento lo reparte. Y de ahí nace un amigo o un amor. Un perfume que encuentra el silencio de cada uno. Y llegan alegrías y problemas. Días en que se pesca algo y otros en donde la Mar no deja.

<< Ya no hay un plan - pensó - Solo comenzar a vivir otra vez. Respirar lento, leer, sudar y disfrutar cortos momentos. Ya no hay afanes ni ambiciones de veinte años. Orinar y defecar en la Mar como aquel loco. Bañarse también. Chapalear y zambullirse para soltar el pasado. Solo observar y dejar la búsqueda del tesoro a otros >>.

Eleazar le gustaba caminar por los arenales que estaban detrás de la casa. Veía como el sílice brillaba

con el sol. Seguía los contornos del desierto que había dejado la gente que le fastidiaba el Manglar. Al final llegaba a la Mar que algunos días dejaba ver barcos de otras épocas. Buques, cruceros, acorazados, lanzaminas, destructores, acorazados y algunas lanchas eran ahora la casa de los habitantes de la Mar.

- No hay mal que dure cien años - le dijo Eleazar a un pescador que acababa de usar su arpón en la Mar.
- Ni barco que resista la soledad en la mar - dijo Enrique - ¿Esos perros muerden?
- No - dijo Eleazar - Solo son de color negro.
- Supongo que también han orinado en casi todas las piedras grandes que han encontrado - dijo Enrique.
- Si.
- No hay casi comida en la mar. Solo quedaron los peces venenosos.

- Yo estoy ahumando un Atún que saque en la mañana. Le puedo convidar la mitad.
- Veo que encontró la corriente. Ahí esos mañosos siempre van en grupo.
- Fue casualidad. Una de esas noches que salí a ver como brillan esos habitantes de la Mar junto a la costa. Quería usar la canoa de mi padre. Parece un cielo estrellado cada vez que muevo el remo.
- La Mar se mueve, amigo. A veces lentamente y aparecen unos habitantes. O rápido y llegan otros. No se encuentra siempre lo mismo. Creo que todo depende del calor y la comida.
- La Mar está fría hoy. Venga a mi casa y lleve el Atún. Si le parece podemos hablar.
- Bien.
- ¿Sí?
- Si. ¿Usted vive en la casa del hombre de fe?
- ¿Se refiere al que fue nombrado papá por un grupo de amigas de copas?

- El mismo. Supe que ocurrió eso cuando prestaba el servicio militar. Llevaban más de un año en el monte cuando le llegó el cable.
- El decía que el muchachito era feíto pero que así era su bisabuelo. No aceptó la aritmética de sus compañeros.
- Es difícil darle conciencia a los genitales. Tal vez por eso lo aceptó.
- A mi me decían hijo de la gran puta. Después mi mamá confesó. Y mi abuela. Después no importó.
- Tiene razón. No se le dice a un pez que muerda el anzuelo ni uno está obligado a comerlo.
- Me contaron de lo que pasó la última vez que habló con un pescador Eleazar.
- Se supo en muchas partes. Lo senté en la mesa y le serví un pan que había hecho y algo de agua de panela.
- Dijeron que unos vecinos que habían llegado antes se levantaron y se sentaron en otro lado.

- Sí. Hubo pescozones e insultos.

<< Recuerdo a esa señora - pensó Eleazar - Tenía joyas en toda la oreja. Y anillos de piedras falsas. Su ropa era toda una feria de vanidades. Parecía que había vivido en esos barrios que son colonias de artistas. Lienzos y libros. 0 de intelectuales que son hijos de profesores. De herencias corporales mejoradas de ancianos de barba larga y sombrero con aires filosóficos. Pero sus pretensiones intelectuales parecían infundadas. También su moral. La mujer era de esas que consideraba un sitio perfecto y pretendían que así permaneciera. El marido que parecía un falso clérigo de una banda de ladrones, si era un hombre callado pero se hacía notar por su calvicie. Estaba algo incómodo y permaneció mirando para el horizonte de la misma forma que lo hacen los científicos que no han descubierto nada. Había aceptado que su mujer no le prestara la menor atención y las heridas en su cara parecían que eran para evitar la

barba característica de la plebe de pescadores >>.

La Mar. A veces muestra los resabios de la gente que la quiso conquistar. Y da la brisa perfumada que seca lentamente las sábanas con manchas de orina. También hace llorar niñitos al voltear algunos tarros desocupados de pintura. Eleazar solo observa sentado en la puerta de esa casa vieja. A veces lee uno de esos libros que trancaban la puerta. Subraya algunas cosas para no olvidarlas después ni que se pierdan en ese montón de letras. Sigue escribiendo en esos papeles que encontró. También va a pescar y lleva en un termo algo de café. Y lo que pesca lo cambia o lo regala para obtener favores de gente que le recuerdan las plagas del Manglar.

En la pared de la casa unas fotos viejas que encontró. Habían estado guardadas en una caja metálica de galletas de navidad. Sujetas entre dos tablas y en hilera como hace la policía cuando busca gente, le recordaban nuevamente el paso del

tiempo. Fue su familia y ayer fue joven. Parte de ella que lo quiso. Su padre y su abuelo y su madre y su abuela. A veces su esposa. Y sus hijos. Los que creyeron que él era un hombre del agua. Un hombre que podía vivir sin pensar en las medicinas ni en lo que mañana pudiera traer la Mar. Porque a veces llena la playa de algas y otras veces trae maderas. El hombre que podía gozar bajo sus aguas y volar en ellas. Su querida Mar.

- Buenos días, Eleazar - dijo Mario el pescador que visitaba los mismos lugares y que tenía por costumbre estarse peinando - ¿De pesca?
- Si. Mejor ahora. Pescar tanto tiempo bajo el sol hace daño - dijo Eleazar.
- Espero que los problemas de la vista no lo hagan confundirse de pez.
- Si los peces llegan bien. Si no también. Sea el que sea.
- Yo creo que unos peces de este sitio se aliaron con los de otro

para constituir un sindicato. Han ahuyentado los buenos.

- Es la guerra compañero. Aquí en la Mar no hay paz.
- De acuerdo. La Mar no es un santuario para pescadores rectos ni buenas personas. Mire a Miguel que la dinamita le voló la mano. Andaba desesperado por pescar.
- La Mar nos da el permiso para traer nuestros anzuelos a engañar. Pero a veces no quiere que estemos aquí. Ni los que viven en ella tampoco.
- Usted Eleazar piensa distinto cuando esta en su bote. Allá en tierra habla diferente.
- Yo solo soy como esos peces que miran al loco de arriba arrojar anzuelos.
- Lo que yo no entiendo Eleazar es ¿por qué le coloca nombre a todos los peces que saca? Aquí en la isla no hay esa tradición.
- No sé si esos peces sean viejos y mal educados. O que hayan tenido ataques de neurosis y terminaran en mi anzuelo. Les pongo nombre para que olviden eso. Y que

- después pueda registrar su interior sin remordimiento.
- Yo sigo pensando que los peces de este sitio se han aliado con peces negros forasteros. Por eso se la pasan pillando la comida de los demás peces - dijo Mario.
 - Tenemos que seguir pescando - dijo Eleazar con tranquilidad después de terminar de comerse una mogolla con un poco de chocolate.
 - Empezar a pescar es solo el inicio de una serie de asesinatos. Eso dijo esa señora que salió temprano de su casa Eleazar.
 - Cada cual con su opinión. Vaya uno a saber cuál es cierta. Esas mujeres son del sindicato de la envidia. No es nuevo.
 - Esos perros que usted tiene siempre golpean con un manotón a los peces que usted saca. Son gatilleros.
 - Hacen honor a la carabina que llevo. La de matar tiburones. Mejor que la porra. Y a mis tiburones los mato yo.

- Eleazar, cuando pueda autoríceme un poco de combustible donde usted tiene registrada su firma. Vea que a veces me toca remar.
- Yo no llevo dinero encima. A veces tampoco lo tengo. Y no quiero volverme rencoroso con usted que se parece a la gente de los impuestos.
- Es que mi esposa me hace dormir en mi habitación si no llevo dinero para la gasolina.
- A mi se me pierden anzuelos cuando los presto. También unas cañas. Pero lo dejo así. Puedo pescar con un poco de nylon enrollado en un palo.
- Acuérdesse que mi mujer quemó el rancho. Y de paso las gallinas. Se salvaron las redes porque yo estaba pescando.
- Recuerdo que los vecinos suyos seguían jugando dominó y bebiendo. Ni notaron el humo.
- La gente del cerro entró en pánico. Arrojaban piedras para que el fuego no les llegara.
- Yo vi como las mujeres empezaban a girar la camándula.

- Esperemos que hoy logremos pescar algo Eleazar. Porque ni mi rancho ni la pesca los tengo asegurados.
- Parece que somos los únicos. Muchos se fueron al extranjero. Aprovecharon que no tenían religión. Entonces quedamos nosotros, los únicos que podemos escondernos en los conventos. Allí siempre hay comida y bebida.
- Menos mal llevo siempre en el bolsillo mi Ojo de Buey.
- ¿Eso no es para los hemorroides?
- También para la suerte en la pesca.
- Yo tengo uno que conseguí en el suelo de Buritaca. No le he sentido propiedades mágicas.
- Usted también es supersticioso Eleazar. Su bote lleva el número 13 pintado en rojo.
- Así me salió más barato comprarlo. No era nuevo pero no tenía uso.
- Debería ponerse aretes en cada oreja. Eso si trae suerte.
- ¡No quiero más agujeros! No soy de esos que se quiere cojer hasta los peces.

- ¡Cójala suave Eleazar! Mejor empecemos la reunión etílica. Tómese esta copita de Wiskey. Y a esperar los peces.
- Bueno. Le voy a recibir ese compuesto químico. Después no creo que sintamos el llamado de los peces.
- El que nos vea que nos juzgue por brutos o nos perdone por piadosos.
- O a lo mejor llamen a un exorcista por las blasfemias que gritemos.
- A menos que sean en otro idioma y consideren que somos pescadores de categoría. Usted sabe cómo es la gente.
- Seguramente dirán algunas muchachonas ¡que hombres tan guapos ¡Tienen el rostro de ángeles.

En esa playa donde vivía Eleazar ya no se escuchaban campanas. A veces ni gente. Solo el viento que arrastraba algunas gorras a la Mar de los pescadores jóvenes y algunas aves que celebraban la captura de

algunos peces. También algunos motores a gasolina.

Y esa casa donde habita tiene siempre las ventanas abiertas que dejan ver la Mar. Siempre distraen a Eleazar con los golpes por el viento y el sonido de sus bisagras oxidadas. Ventanales de la época en que la madre de Friz tenía esa tienda de recuerdos. La Mar distrae a muchos. También las palabras en español. El idioma de la isla que se iba perdiendo como las pulgadas de playa por la jerga de los nativos. Lentamente.

La casa había soportado más de un aguacero y varios vendavales. También pronósticos de malos meteorólogos. Ningún árbol le cayó encima y su techo había permanecido sin goteras. Los Calanchoes le dieron fresco a ese techo mucho tiempo. También los Cactus.

Siempre alegró a los padres de Eleazar tener una casa tan resistente. Aunque fue construida por un borracho. Incluso fue resistente ese día en que apareció

un político con mercados en la playa con una gran movilización de curiosos, policías, bomberos, algunas bailarinas y unas ambulancias.

Habían llegado los redentores pero de los pocos ranchos que quedaban en el pueblo costero, salieron unos niños cantando y ofreciendo sus servicios para alegrar fiestas. El descontento fue general. La Mariajuana en la comitiva del político se olía a leguas.

- Se les fue la mano Eleazar - dijo Tomasito, un pescador que había venido del otro lado de la isla - pero también el único día que yo recibo mercados es cuando muere un pariente. << Y la gente me regala Cocos porque creen que me voy a morir de hambre - pensó >>.
- Ya quemé la pantaloneta con el tabaco por estar mirando al político. << Unirse a ese grupo es programar la última afeitada - pensó - y olvidar los desayunos con caldo, arepa, carne, yuca, pan y mantequilla, huevos, leche

y café. El gran desayuno
Suramericano >>.

- Aquí las únicas víctimas fuimos nosotros. << Ese escandalo con las tamboras ya corrió los peces - pensó >>.
- Más de un infeliz va a quedar sin para comer esta noche. << Además ya no se consiguen los corazones de pollo. Ni las mollejas y los hígados para mezclar con arroz y lentejas - pensó - Lo que yo comía cuando tenía 25 años y era un buen nadador y era simpático y enamorado >>.
- Sí Eleazar. Aquí en esta isla de pobres un pescado es mejor que una medicina. << Y seguramente el político solo vino a buscar votos - pensó - Nunca traen algo que sirva para pescar y no entienden porque inundamos el bote cuando la Mar está disgustada >>.
- Pero mañana hay que volver a la Mar. << La pesca es repetitiva. Como la panadería - pensó - Muy pocos hacen arepas y dan recomendaciones >>.

- Les hace falta la levadura Eleazar. La que vende Cisto. Les gusta aunque saben que el panadero cobra más por un pan para jugar al naípe. << Pero ese panadero me ayudó a que no se me hundiera el bote con el ciclón - pensó - El fue el de la idea de amarrarlo a varios árboles del manglar >>.
- ¡Subsistir o pasar hambre; Al final la Mar es la que decide. Y nosotros estamos bastante gordos de tanto comer arroz con pollo.
- Ojala no piensen que nos estamos haciendo ricos con los peces. << Nos podrían atracar - pensó - Solamente para robarnos las latas de conservas y algo del abastecimiento etílico >>.
- A lo mejor los ladrones se confundan por ese bigote que lleva.<< Para eso tengo unas garrafas de vino Chileno y unas botellas de Bacardí. No hay ladrón que resista unos buenos tragos. Además pueden haber otras visitas femeninas >>.

- Eleazar, lo único real acá es que nuestros botes se ven viejos. << A mi me gusta que se le vea el paso del tiempo - pensó - Mi casa se está cayendo pero me gusta así. Envejece como yo >>.
- Si. Esa gente de más allá tiene botes muy brillantes. << Nunca los han metido a la Mar - pensó - ni han recogido algún catarro >>.
- Nunca han sentido el paso de la vida. Ni el polvo que queda pegado en el pelo. << Al menos yo si he comido pulpo al vino y cangrejo - pensó >>.
- Dicen que somos detectores de mierda. << Algo así como esas ramas viejas que caen encima de la gente - pensó >>.
- Sí. También la conseguimos y a veces no la arrojan.
- Y si nos quejamos quedamos igual que el hombre que lloraba por su mujer. La que enamoró a un batallón.
- Pero ella le dio un hijo. Esa mujer ya cumplió. Como el político con sus mercados.

- Si. ¿Cómo ves la cosa con el clima?
- Viene un huracán. << Es como una enfermedad que lo sorprende a uno - pensó >>.

A bordo de su embarcación que cabeceaba con el oleaje y se resistía a envejecer como lo hace una mujer, Eleazar trataba de mantener una dieta permanente de pescados. Y plátanos. Aunque fuera el mismo pescado todos los días.

Siempre lo acompañaba con un poco de etílico de contrabando o procedente de ventas clandestinas. En esas playas se conseguía licor barato. Lo guardaba donde estaban los 4 cabos rústicos que usaba para amarrar el bote. Los tabacos los almacenaba en el antiguo botiquín y el dinero en una bolsa que tenía amarrada una boya.

También llevaba un paquete con una bola de cabuya, tomates, cebollas y unos cubos de caldo de gallina. Era habitual ver a Eleazar en una playa rellenando un pescado antes de entregarlo a los calores de la leña.

Después lo veían cabecear. Lo había invadido el sueño. Si había oportunidad colgaba su hamaca debajo de un árbol y esperaba la llegada del otro día. Y volvía a pescar.

Como no tenía tatuajes para que fuera difícil identificarlo, se la pasaba pescando sin anclar su bote. Muchas veces la Mar golpeo el casco contra las rocas con la intención de sacarlo pero después lo volvía a meter mar adentro. Eleazar no insistía en el rumbo. Dejaba que la Mar decidiera dónde llevar su bote.

- ¿Te gusta tu vida de pescador? - preguntó Joaco mientras arrimaba su bote - ¿Hace feliz su existencia?
- Si - dijo Eleazar - No soy una bella durmiente rodeada de ancianos. Y si me toca irme de esta isla voy a quemar todo.
- Uno no podría ser infeliz con lo que ha buscado siempre. << Los recuerdos fortalecen - pensó >>.
- ¿Podría ser infeliz y solo se sabe al final. La muchacha que me

- visita de noche se molesta porque yo le pregunto a usted las dudas.
- Eleazar, yo supe que era el padre de unos muchachos cuarenta años después. Para mí era un principio y siempre hubo dudas.
 - Todos buscamos la juventud. La Mar me la da a mí. Sus mujeres se la dan a usted. Y los traguitos nos hacen amigos.
 - Yo de niño solo buscaba en el parque del pueblo Raspados y Burbujeros. A veces un globo.
 - Y yo me la pasaba sacando peces con colas coloridas de un lago. << Era la envidia de muchos muchachones del pueblo - pensó >>.
 - Nuestras vidas de pescador son como un ancla. La fuerza brutal de la Mar las agarra más al suelo, Eleazar. << Solo nos sentimos bien en nuestros barcos - pensó - Y nuestras vidas son como él: estrechos de proa y anchos de popa. Vidas construidas por nosotros. Sólidas >>.
 - Yo soy gordo. Usted es flaco. Pero usted tiene más fuerza. La

Mar se la da todas las tardes cuando tira de esa red en la playa. << Recuerdo que una vez vi a un pescador dejar en el piso a un tipo que levantaba pesas - pensó - El mismo que ahora hace llaves de casas e intenta embaucar diciendo que están desalineadas >>.

- He visto que usted Eleazar no coje rabia cuando el ancla de Blanquita se atora. Parece que lo llenara de alegría. <<
- Una nueva aventura para llegar a las desnudas arenas de la playa. << Cambiar la sal por las espinas de esos raquíuticos Cactus - pensó >>.
- Demorarse en la Mar es perder dinero. Aunque el alimento que pesco es gratis.
- ¡Deje que los demás lo tomen y lo gasten en la máquina de apuestas y cómase usted el pescado! Mejor que el arroz.
- Beba un poco de vino Eleazar. Solo un poco. << Así no perderá el dominio que usted cree tener sobre su bote - pensó - Disfrute

la Mar mientras la tiene. A veces la Mar lo lleva a uno en sentido contrario. Uno no vuelve y los perros quedan encerrados >>.

- ¿Qué le pasó al Willy, el que pescaba al lado del Morro y vivía en la vieja casona del restaurante?
- Se casó. Decía que era tímido pero vendió bien sus secos testículos.
- ¿Consiguió mujer adinerada? << Alguien por encima de las demás de este pueblo. De una cooperativa seguramente - pensó - Dócil en la casa y fiera en la calle >>.
- Si Eleazar, mayor que él. << Todavía recuerdo que bregaba en el colegio para sacarle punta a los lápices con el sacapuntas metálico - pensó >>. Ya compró motor nuevo.
- Era un pescador tramposo. Le sacaba dinero a la gente para asegurar futuras pescas. << Cobraba con mucha prisa como los funcionarios de la alcaldía - pensó >>.

- Oh sí. Un gran bocón. Prometía peces prohibidos. Aseguraba poder capturar animales de cientos de pulgadas.
- Yo terminé pagando el entierro de su anterior mujer. << Fui el único que fue - pensó - La amé hace mucho. Se volvió mujer de todos. No puedo olvidar como me besaba las manos >>.
- Eleazar, acerquémonos a la playa para cocinar estos pescados. << Estos Meros son como viejas yeguas dóciles - pensó >>.
- El día sigue oscuro. Y el estómago ya está avisando. << Y solo llevo una botella con agua bendita y algunas estampas - pensó - Eso ayuda para el huracán pero este bote seguirá desprendiendo la pintura. Él quiere ser de maderas viejas >>.
- Mañana seguiremos siendo hombres del agua. << Bien montados en el bote e impresionando señoritas - pensó >>.
- Si. Pero hoy la Mar está algo silenciosa. Los peces también.

- Está algo complaciente. No se opone a que lleguemos a la playa. << Eso pensaban los del tesoro antes de morir. También los curas que venían a enseñar - pensó >>.
- Está como un hombre resignado y sin nostalgias. << Aquel que fue capaz de inventarse sus propias aventuras y hacer bromas - pensó - Ø como aquel que se alegra cuando su mujer le vuelve a hablar >>.
- ¡Mire! Ya no hay playa. << Ya no queda sitio donde aplacar las pasiones - pensó - Eso solo para con la muerte. Nací con la pasión y moriré con la pasión >>.
- La otra gente construye sus casa en la playa y luego la Mar las engulle. << Es difícil comprender por qué la gente sigue viviendo junto a la Mar, muy junto - pensó - tal vez porque se casan presto y son abuelos jóvenes que ni la Mar puede devolverles la vejez que se han ganado >>.
- Son mejores nuestras casa de tabla. Alejadas con prudencia de la Mar. << Siempre construidas

- por vecinos a los que había que tenerles fe y bajo la dirección de nuestras mujeres - pensó >>.
- ¿Cree que volveremos a la montaña? Antes la Mar estuvo allá. << Esas son tierras donde hay que usar botas altas y barba larga - pensó - y allá no habrá sopa con plátano, pescado con plátano ni plátano con hogo >>.
 - Es posible. Y también todos podemos volver a la playa. << Y volveremos a sentir el sereno que queda de las lluvias tropicales. Esquivaremos las aguas que salen de las cloacas y oleremos el aire putrefacto de la gente que orina en lo árboles >>.
 - Si, todos. Como lo hacen muchos en todo el mundo. Solo viajan. No viven atrapados.
 - La Mar da libertad a los pescadores cuando cae el crepúsculo y ellos se maltratan con la lengua.
 - Y la gente de la montaña con su mente.